

IV. Jesucristo, servidor de los misterios (6M-7M)

El tercer estadio mistagógico consolida la transformación de la humanidad del morador. La “mariposica” no descansará hasta que haya hallado “su verdadero reposo” (5M 4,2) en el introductor y servidor de los misterios. El morador llega aquí equipado con la fecundidad del símbolo nupcial de las 5M, pero se verá sometido a una fuerte transformación por el dinamismo de esta tercera estructura mistagógica.. “Dios se une al alma”, y es definitivamente introducido en el “misterio mantenido en secreto durante siglos eternos, pero manifestado al presente [...] para la obediencia de la fe” (Rm 25-26).

El símbolo nupcial delinea la unidad de ambas moradas (6M 4,4). El desposorio es ya el comienzo del matrimonio; y este se consumará en las bodas escatológicas del “casamiento sagrado” con el Cordero inmolado para toda la eternidad. Después de 1572 Teresa verá realizado existencialmente el desposorio que hizo en su primera profesión religiosa el 3 de noviembre de 1537 (V 4,3). En todos estos años, la Santa descubre la pedagogía de Dios para llevarla a la experiencia de la alianza de amor¹. Las 6M y 7M presentan una estructura creativa con finalidad mistagógica.

1. ORIGINALIDAD DE LA HUMANIDAD DE JESUCRISTO (6M)

Teresa conduce al morador hacia la experiencia de unión con Dios en el acontecimiento de Jesucristo, “el mayor de los bienes” (6M 1,1).

¹ Cf. A. MAS ARRONDO, *El hombre en Cristo y Cristo en el hombre*, Tesis doctoral, Facultad de Teología del Norte de España sede de Burgos, Burgos 1993, 66-80.

Las “vistas” han esculpido la belleza del Amado y han dejado las indelebles secuelas de dicho amor en la interioridad del morador, despertando mayores deseos “de que se haga ya el desposorio” (6M 1,1). Este idilio amoroso somete al sujeto a “trabajos interiores y exteriores [...], hasta que entra en la séptima morada” (6M 1,1). El alma está “bien determinada” y no le importan los trabajos y padecimientos; el único deseo es “no tomar otro esposo” (5M 1,1) y se realice esta santa unión: “venga lo que viniere” (5M 1,4).

Por otra parte, el morador ha recibido la capacidad de acoger el don y responder por la gracia de Jesucristo (Rm 5,15). Así pues, El Verbo encarnado constituye el contenido teológico de 6M, y la estructura simbólica nupcial será el camino pedagógico de tal experiencia (6M 1,1), para configurar el ejercicio del “nuevo amor” sin que nada ni nadie le estorbe. Este amor es único y personal en el ámbito exclusivo de pertenencia (6M 1,5).

A las 6M se accede en la noche del resplandor teofánico del amor de Dios, despertando deseos de mayor unión. Esta “influencia de Dios en el alma” (II N 5,1) purifica los fondos oscuros e ilumina la interioridad con el amor de unión. Esta infusión inmediata de la vida de Dios puede dar lugar a experiencias místicas extraordinarias que deben ser discernidas, pero no son la garantía de la iniciativa de Dios en el sujeto. Así pues, en 6M analizamos la experiencia del resplandor de Dios, la dinámica de “lo interior”, la relación oracional, el discernimiento de la unión nupcial y el análisis simbólico con las referencias bíblicas.

1. 1 La experiencia teofánica del Amor revelado

En 5M la autora había confirmado que “fija Dios a sí mismo en lo interior de aquel alma” (5M 1,8) y produce una “muerte sabrosa [...], deleitosa” (5M 1,4). De esta forma, el creador infunde vida a la libertad para que se disponga a un cambio insólito sin disponer de sí misma. El camino del desposorio con el Amor encarnado conduce a la experiencia del resplandor y verdad de Dios. Dios dona el amor de sus entrañas: al Hijo amado conforme a su voluntad salvífica. La inhabitación de la gracia estremece al morador, le somete a una mayor purificación y le prepara para el santo matrimonio con la sagrada Humanidad.

En el quehacer ordinario del morador se está fraguando la acción sorprendente de Dios. El Hacedor viene trabajando hace tiempo y la “palomica” ya ha recibido la noticia de los medios delicados del Esposo en la vida real y los sutiles impulsos “en lo muy interior del alma” (6M 2,1). Este Esposo despierta “los grandes deseos [...] de que se haga ya el desposorio” (6M 1,1). Sin embargo y en cierta medida, estos deseos todavía pertenecen al dinamismo natural. La noche pasiva del espíritu aparece con virulencia en 6M ante la unión con la Humanidad resucitada del único hombre sin pecado, que además es el Hijo de Dios.

Una luz envuelve el encuentro con el Misterio en una noche de inefable presencia. La experiencia teofánica estalla en 6M con el amor del Hijo (Ex 19,17-18; Dt 4,11-13). Ahora, Dios se acerca para inhabitar en su criatura con la ley del amor del Hijo. En este proceder, la confluencia de la naturaleza humana con la divina estalla en una variedad de operaciones internas y de acontecimientos externos: miedo por la lejanía y temor por la trascendencia de Dios, experiencias de desamor en la vida real, amor de Dios que abrasa y pone al descubierto el hollín de las secuelas del pecado.

Dios lleva a la consumación la unión iniciada con regalos y muchos detalles para sostener la natural flaqueza (6M 4,1). La noche es fruto de la distancia amorosa y de la íntima cercanía del Creador respecto de su criatura. La oscuridad experimentada por el sujeto revela la realidad cegadora de la trascendencia divina en su libre comunicación; pero también actúa como sabia pedagogía para preparar el espíritu humano a la recepción del amor revelado en un encuentro, que supera e integra tal diferencia.

La noche es sabrosa y embriagadora “en el centro de nuestra alma” (6M 1,12), pero no por eso deja de ser “horrenda” y “terrible” (6M 11,7)². La noche sitúa a la persona en un padecimiento amoroso sin medida, mezcla de amor y dolor, engrandecida por la cercanía del Amado y la luz del desposorio. El sufrimiento y la muerte de esta noche están atravesados por la presencia del Resucitado, quien sostiene

² Cf. S. CASTRO, *El camino de lo inefable*, Madrid 2012, 306-310. Teresa no estructura las noches como Juan de la Cruz y las expone sin orden ni concierto en la medida que escribe. En *Vida* encontramos el proceso de noche del espíritu en V 30, especialmente 11-20.

al morador en la noche de su fe (6M 6,11). Sólo Jesucristo proporcionará la certera luz de esta noche. La realidad interna y externa se confabulan para hacer de ella una pedagogía purificadora de las tendencias egocéntricas y de la apropiación de las mediaciones: “trabajos interiores” (6M 1,4), incapacidad de amar (6M 1,11), miedo al engaño (6M 1,8), ausencia de consuelo alguno (6M 1,9), aparente abandono de Dios (6M 1,8-9), sequedad y desabrimiento de la oración (6M 1,13), y los conflictos externos y hasta de la propia salud (6M 1,6.9.13).

La noche es mistagógica (6M 1,1): “Su Majestad la despierta a manera de una cometa o trueno” (6M 2,2) y por “medios tan delicados” e “impulsos tan sutiles” (6M 2,1) hierde “sabrosísimamente” (6M 2,2). El Señor sorprende con su amor encendido, cual “fuego de brasero” (6M 2,4) y con “ímpetus de amor” (V 30,19), dejando el alma deslumbrada, temblorosa, herida y quejosa. En cualquier momento y de improviso, el Espíritu inflama el corazón “como si de presto viniese un olor tan grande que se le comunicase por todos los sentidos [...], solo para dar a sentir que está allí el Esposo” (6M 2,8).

Nuestra protagonista afirma que esta experiencia de fe está impregnada por la humanidad de Jesucristo, que “da a entender cómo es Dios” (6M 28,9). El Señor resucitado constituye la revelación del misterio de Dios en todo su esplendor y profundidad³. La presencia del amor y de la majestad gloriosa de “la santísima humanidad de nuestro Señor Jesucristo” (6M 7,6) constituye la esencia de la experiencia cristológica y cristofánica de Teresa, en consonancia con la fe apostólica y en unión con la Iglesia de Jesucristo. “¿Quién nos quita estar con Él después de resucitado, pues tan cerca le tenemos en el Sacramento, adonde está ya glorificado?” (V 22,6).

1. 2 La interioridad habitada por la singular humanidad de Cristo

El morador se ha introducido en 6M con el calor y auxilio del Espíritu Santo. La interioridad es sellada y “más esculpida” con la presencia de Cristo Resucitado, misterio “Dios y hombre” en su “Huma-

³ Cristo Resucitado es el Jesús de la historia en su humanidad crucificada y en “la carne glorificada” (V 29,4). Esta experiencia crística de Teresa se concentra de forma especial entre sus 43-45 años.

nidad sacratísima” (6M 7,14)⁴. Cuando la presencia del Resucitado impacta en la conciencia creyente, el contenido de la fe se alberga en el rincón más profundo de la conciencia; la interioridad adquiere entonces una profundidad a la medida del Misterio. La interioridad de 6M se configura a partir de la presencia salvadora de Jesucristo, de la misericordia de Dios y de la vida que infunde el Espíritu Santo. El sello nupcial confiere a este centro unificador el don teologal que actúa como criterio y cauce pedagógico en la historia del sujeto. La conversión “ser en Cristo” supone un nuevo nacimiento. La fenomenología que pueda ocurrir es accidental.

El corazón del creyente es sorprendido y sobrecogido por el amor y la fe a la medida del don de Dios. El alma despierta (6M 3,1) a la presencia del Hijo resucitado y se prepara para una relación de pertenencia única (6M 4,9). Dios, en su misericordia, cumple su promesa de restaurar la imagen creatural con pedagogía filial (Hch 13,33).

Teresa sitúa al morador en una cristología existencial⁵: El sujeto de la experiencia sponsalicia es Jesucristo en su humanidad resucitada, quien fundamenta y configura de nuevo la persona del morador. Dios creó al ser humano en orden al Hijo, icono de su ser infinito (V 22,14). Así pues, el contenido de la humanidad de Jesucristo constituyen lo originario de la interioridad. El sujeto creyente tiene un olfato especial: el fondo más íntimo de su yo es el mismo Cristo, imagen invisible de Dios y primogénito de todo lo creado (Col 1,15-17). Antropológicamente el creyente se ve remitido a esta originalidad de su constitutiva alteridad. La mayor hondura de la interioridad sólo será posible por la experiencia salvadora y redentora del misterio pascual en la sagrada humanidad del único Señor y Redentor. La alteridad del ser personal es engendrada de nuevo por un amor superior y mayor que ella misma. La interioridad es ensanchada a la medida del amor recibido de Dios en la conciencia finita de sujeto.

Cristo vivo (6M 9,12) comunica al discípulo la vida eterna del Padre. La misericordia, que Jesús había predicado y proclamado en su vida terrena, ahora se le comunica al discípulo como vida eterna por

⁴ Cf. S. CASTRO, *Cristología teresiana*, Madrid ²2009, 302.

⁵ Cf. Ib. *Cristología existencial. Doctrina de Santa Teresa*: RevEsp 37 (1978) 32.

medio de su Humanidad glorificada (Jn 17,1-3). Esta Humanidad es la puerta de los grandes secretos que Dios ha revelado en Jesucristo (V 22,9). La humanidad del discípulo es introducida en la humanidad de Jesucristo y su personalidad se estructura a partir de la configuración que imprime este amor encarnado. El “arrimo” de esta “sacratísima Humanidad” se caracteriza por re-crear por dentro la imagen original del morador. El sujeto, crecido en el amor por la presencia del Hijo, “que nos quiere más que nosotros mismos” (6M 9,16), vive con novedad la vida, empleándose en más amar en la vida comunitaria y social.

La verdad de la “Humanidad singularmente gloriosa”⁶ se inserta en la estructura creyente, como contenido revelado del misterio de Dios; de esta forma, la interioridad es ensanchada (6M 10,6-7). El hombre Jesús de Nazaret se presenta como Amado y mediador, obediente al Padre y solidario para con la humanidad (Ef 5,2; Ga 2,20; 1Jn 3,16). Las operaciones de “su Majestad” no deja indiferente al morador de 6M, sino que intensifica la intimidad con su Dios y Señor y la práctica de amor con sus hermanos y hermanas. Este entrañable amor de misericordia (6M 10,3) y absoluta entrega de Dios constituyen la comunicación “de gran provecho” (6M 10,2) y la acción regeneradora de la propia interioridad (6M 10,3).

1. 3 Camino orante: contemplación de la humanidad de Jesucristo

La humanidad salvadora y universal de Jesucristo constituye el contenido real de la Revelación y de la reflexión teológica; pero, esta mediación única acontece en la subjetividad creyente como relación interpersonal y existencial: el sujeto se configura con Cristo vivo en el desvelamiento de su singularidad y en su realidad vital. La oración de las 5M adquiere en 6M el rostro concreto y real del “buen Jesús”, “amigo verdadero” (V 22,26) y esposo. Así, el desposorio donde “su Majestad se deleita” (V 22,6), constituye el aspecto señero de la oración de estas moradas, camino más seguro para la unión con Dios, las obras del amor y la misión en la Iglesia (6M 6,7).

⁶ Cf. G. URÍBARRI, *La singular humanidad de Jesucristo. El tema mayor de la cristología contemporánea*, Madrid 2008, 407.

En el proceso orante de las 6M Jesús, el Señor, sale al encuentro y toma la iniciativa en la relación y en la vida. La progresiva configuración con el amor encarnado se dona incondicionalmente y se fija en el alma. Esta certidumbre “sólo Dios la puede poner” (6M 1,4). Dios entrega al Hijo, quien constituye el reclamo del corazón humano, que ha sido creado para acoger la unión de este amor encarnado. Y puesto que la persona es “capax Dei”, lleva dentro la oración y, por tanto, puede ser descubierta y reconocida como parte de su identidad constitutiva.

En la contemplación de Jesucristo quedan callados el entendimiento (la razón), la memoria y la voluntad; la persona entera es llevada y dispuesta a un estado de receptividad de aquello que recibe en la inmediatez de Dios por la persona del Hijo. La oración encuentra en la Sagrada Humanidad la verdad del contenido teológico su mayor bien (6M 7,6). Desde este punto de vista, podemos diferenciar dos modos contemplativos.

El primero consiste en la actividad del espíritu humano mirando las grandezas de Dios y la hermosura de Cristo resucitado (C 26,4); pero también, en el reconocimiento de la mirada benevolente de Dios hacia el sujeto amado (V 2,8) y de la unión que el Señor quiere realizar en el desposorio. Dios sabe ganar la afectividad y la orientación de la voluntad hacia la vida que quiere donar.

El segundo modo corresponde a la “contemplación perfecta” (6M 7,7), cuando “suspende Dios el alma en la oración” (6M 4,tit.) “con gran quietud [...] y recogimiento devoto y pacífico” (6M 3,6); las potencias humanas quedan “embebidas” en Dios (6M 2,2; 3,10), a modo de una “operación de amor” o silbo penetrativo “que no le puede dejar de oír” (6M 2,3). La meditación, la búsqueda de la voluntad de Dios y el entendimiento quedan implicadas en la oración (6M 7,7). Estos modos delicados de ganar Dios el corazón humano moldean la afectividad para una relación de pertenencia exclusiva.

La unión de 6M requiere el aprendizaje oracional de la dinámica afectiva de totalidad; nuestra maestra dice que “Él lo enseñará”, y que el “mejor dechado”, es mirar su vida y traer su presencia “cabe sí”, porque es “buen amigo” (V 22,7); y si se pierde esta guía, “que es el buen Jesús”, no se acertará el camino de la verdadera oración (6M 7,6). La gracia de la unión y quietud la da el Señor cuando quiere, sin

hacer “diligencias para traerlas [...] porque es agua que cae del cielo”, así “andaremos descansadas y el demonio no tendrá tanto lugar de hacernos trampantojos” (6M 6,9). Esta presencia precedente del Maestro está asistida de una humildad y desapropiación nuevas, fuera del alcance de la voluntad (6M 6,13; 7,9).

La subjetividad tocada por el amor, anhela estar a solas con el Amado para permanecer con aquella dulce compañía (6M 8,5). Una certeza permanece en el orante: ya sólo pertenece al Amor que el Padre le ha regalado. La vinculación afectiva integra simultáneamente la dinámica del corazón humano y el abandono en el acto unitario de la fe. Así pues, lo que define la oración en 6M es la permanencia en la fe y la vinculación afectiva y sponsalicia.

Teresa recomienda ocupar la memoria y el entendimiento con los contenidos de la persona y vida del eterno amante, de tal manera que “entiende el alma estos misterios por manera más perfecta” (6M 7,11); porque es en la meditación donde el entendimiento entiende los caminos por donde le quiere llevar el buen Maestro (6M 7,12). Así, con la voluntad “encendida”, el alma busca a Dios y deseará “emplearse toda en amor” (6M 7,8). Esta presencia se graba en el morador (6M 9,4). “Su Majestad se nos comunica y nos muestra el amor que nos tiene” (6M 8,1), y no cesará en esculpir su imagen (6M 7,12).

1. 4 El discernimiento de los frutos teologales

El discernimiento de 6M se encamina a examinar la disposición de la libertad al amor recibido. El morador es situado en el corazón de la sagrada Humanidad. El discernimiento viene dado por “noticia” que “hace nuestro Señor al alma como verdadera esposa”, cuando “está determinada a hacer en todo su voluntad” (6M 10,8). Aún en 6M la estructura humana esconde trampas sutiles y el ángel “sub lucis” es experto en hacer “trampantojos” (6M 6,9).

La Santa recomienda “andar con temor” (6M 6,6) y dejarse acompañar por un guía experimentado (6M 8,8), que se cuidará de no dar palos de ciego (6M 9,11). El acompañante de estas “almas” debe tener conocimiento de los grandes secretos que Dios tiene guardados (6M 2,3; 4,5.6.7.8.9; 9,4; 10,2) y de las “diferentes cosas del Espíritu Santo a cuanto por acá (no) se puede ver ni entender” (6M 2,3). La

sabiduría del discernimiento sabe diferenciar la prueba árida del camino de la quietud tierna del amor regalado. El morador es sorprendido por el actuar desconcertante de Dios: de la horrenda noche al día luminoso de Su presencia, de la sequedad afectiva al amor de éxtasis.

Teresa desarrolla un discernimiento vocacional de la humanidad de Jesucristo y de los bienes que el buen Dios quiere regalar en orden a la filiación; pero pedirá tres actitudes básicas de discernimiento: desasimiento, agradecimiento humilde y práctica del amor abnegado. Nos encontramos, pues, frente al don de la “suma Verdad” y de sus grandezas; de aquí que se resalten señales y frutos de la experiencia del misterio de Dios.

La “operación de amor” y el silbo penetrativo no se pueden dejar de oír (6M 2,3). Estas señales concentran la atención y disponen al amor. El Amado da a entender “que está con el alma” (6M 2,3), y engendra un mayor y humilde abandono a la voluntad de Dios. La acción infusa de Dios se hace moción interna de amor, mirada limpia y consentimiento (6M 2,4). El morador crece en esta atención amorosa y acoge agradecido el regalo en silencio y soledad.

El fortalecimiento de la fe es señal también de la presencia del Amado, con palabras (“yo soy, no hayas miedo”), “certidumbre grandísima” y seguridad; aunque la vida sea contraria, ya no se puede dudar “ser Dios”. Esta impronta de fe es luz en la subjetividad, dando sentido a la vida pasada, presente y futura (6M 3,7). El sujeto queda fortalecido en la verdad y en la fidelidad de la promesa (6M 9,3) en sosiego (6M 3,5) y recogimiento pacífico (6M 2,5; 3,6). La quietud que deja el amor infuso del Verbo humanado disipan los temores (6M 9,12). Dios es conocido en sí mismo (6M 4,4; 5,8; 6,5; 8,4; 9,15).

Teresa clarifica la verdad de la experiencia de Dios y las posibles desviaciones. La naturaleza no puede soportar durante mucho tiempo la presencia infusa de Dios (6M 11,8.9). Hay otras señales que son engaños. La Santa concentra los engaños (6M 8,8) en antojo, melancolía, el demonio y el pecado.

En primer lugar, lo que procede de Dios no es “antojo”⁷ alguno de la imaginación, aunque eso suele parecer “a los principios”; Dios da a

⁷ Cf. *Concordancias* 186.

entender lo que procede de Él de muchas maneras porque es “espíritu de luz” y “de verdad” (6M 3,16). En segundo lugar, la “melancolía notable” puede confundir los ruidos del afligir interno con las “hablas” (6M 3,1-2). El humor de melancolía corresponde a una amplia escala y formas de neurosis depresiva⁸; este “humor” y dañoso mal (F 7,3) es psíquica acompañada de tristeza y de sufrimiento⁹. “El demonio lo turba todo” (F 29,9)¹⁰. La astucia demoniaca filtra “mil trampantojos” por la rendija de la falta de humildad (6M 9,15; V 31) y poniendo delante miles de mentiras (6M 9,11); incluso sabe contrahacer el espíritu de luz (6M 3,16). Pero el alma que se fía de Dios no será engañada tan fácilmente (V 25,12; cf. 6M 6,9). Además, su poder está fuera del castillo (6M 2,6). El maligno nunca deja luz y bien, sino “inquietud y alboroto” (6M 3,16).

Por último, la realidad del pecado se impone: “Esto de los pecados está como un cieno [...] y es harto gran cruz” (6M 7,2). El pecado adquiere entidad real en la historia personal (6M 3,17); la realidad no se puede ocultar (6M 1,11), pero en la medida que la gracia ilumina al creyente y más se recibe de nuestro Señor (6M 7,1), la conciencia de pecado duele a modo de tormento (6M 1,8). La experiencia mística y teologal atañe a la misericordia de Dios manifestada en la humanidad del Hijo, y al misterio personal y colectivo del pecado.

Para Teresa el pecado existe en el ámbito de Dios y, por tanto, el pecador es presa de su engaño en la presencia de su mismo palacio (6M 10,3). Así el morador está bajo el poder del pecado y de los bienes que Dios la hace (6M 1,4). La Santa afirma que en caso de duda hay que desconfiar y esperar; Dios sabe actuar en la espera y es preferible “temer hasta ir entendiendo el espíritu” (6M 3,3). Este nivel de vivencia de la gracia agudiza la fidelidad al amor manifiesto de Jesucristo (6M 7,tít.).

Nuestra protagonista desgrana los efectos y provechos fenomenológicos a lo largo de las 6M. El morador queda confortado con mayo-

⁸ Cf. Ib. 1584; 3M 1,6, n.13.

⁹ Cf. J. M. POVEDA ARIÑO, *La psicología de Santa Teresa de Jesús*, Madrid 1984, 74; F. MARCO MERENCIANO, *Psicoanálisis y melancolía en santa Teresa*, en *Ensayos médicos y literarios*, Madrid 1958, 497-535; J. J. LÓPEZ-IBOR, *De la noche oscura a la angustia*, Madrid 1982, 35-85.

¹⁰ Cf. T. ÁLVAREZ, *Demonio*: DST 201.

res bienes: más humildad y un mejor conocimiento de sí mismo (6M 5,10;9,10), una renovada determinación “a no tomar otro Esposo” (6M 1,1), preferencia por “el del padecer, siquiera por imitar a nuestro Señor Jesucristo” (6M 1,2; 2,6; 5,10), el despertar de la voluntad para el amor gratuito e incondicional (6M 4,14-15; 10,2) y una serie de frutos del Espíritu que capta la subjetividad creyente; son las “grandes ganancias”, “notables provechos” y “efectos interiores” (6M 8,3; 10,9): paz (6M 8,7), sosiego (6M 9,10), paciente espera (6M 8,3), soledad acompañada (6M 8,5), humildad, limpieza de conciencia y fortaleza de la virtud (6M 8,10; 9,11.15.17), júbilo y profunda alegría (6M 6,10.11; cf. Gál 5,22-23).

El don de la fe pertenece al acontecimiento de Jesucristo (6M 8,3); pero su presencia más real reside en los sacramentos de la Iglesia (6M 7,11.14). La inmediatez de la Humanidad, don escatológico, desborda la percepción subjetiva y la fenomenología sensible. Este exceso de amor se convierte en norma de vida y en criterio ético. La luz de la Palabra es viva y confirma la nueva situación de gracia (R 3,10 [CC 3,10]). La percepción subjetiva da paso a la soberanía de la Palabra y a la verdad que comunica el Espíritu Santo.

1. 5 Confirmación de la Palabra y significación simbólica

La vida teologal despierta el oído para la escucha acogida y la puesta práctica de la Palabra. Fe, Palabra y praxis crean una relación nueva. El acontecimiento de la Revelación explicita el proceso y discernimiento creyentes. La racionalidad no puede entender lo que pasan en la conciencia; el símbolo crea nuevas significaciones en la profundidad de la experiencia. La estructura nupcial configura una personalidad afectiva bajo el predominio e iniciativa del misterio paschal. En definitiva, la persona queda marcada por el amor de orden escatológico.

El morador se ve sorprendido por los bienes dados de lo alto (6M 1,4; St 1,17); más aún cuando el pecado ha hecho su presencia, todo es don recibido (6M 5,6; 1Co 4,7). No es tarea fácil someterse al don que sobrepasa y engendra cierto sufrimiento (6M 1,6; 1Co 10,13).

Las batallas espirituales que se fraguan en 6M no se pueden lidiar con la voluntad y el deseo humano. Dios da licencia (6M 1,9; Jb 1,13)

hasta donde Él determine (6M 1,4; Jn 1,12); pero no permitirá que nadie se pierda (6M 1,10; Ex 15, 1-2). El morador debe confiar en la misericordia de Dios (6M 1,13; Sal 22, 5-6; 33,18; 34,23) y en la escritura (6M 3,9; Jon 4,2-3). Sin embargo, el engaño se hace presente bajo el falso ángel de luz que ofusca fácilmente la verdad de Dios (6M 3,16; Co 11,14); por tanto se debe andar con santo temor de Dios (6M 3,17; Flp 2,3; 1Co 2,3). La señal certera de la obra de Dios reside en andar conforme la Palabra (6M 3,8; Lc 11,28; Sal 34,9). El subjetivismo puede ser la mayor tiniebla de la obra de Dios; de aquí que el morador necesite un guía (6M 3,11; Lc 10,16). Ni siquiera las hablas, aunque vengan del Señor, son garantía del buen camino; lo mismo ocurrió con los fariseos (6M 3,4; Mc 2,16; 2,24; 3,6; 10,2).

La experiencia mística revela la riqueza de “este gran Dios”, manantial o nacedero de la vida sobrenatural (4M 2,2-5) y dilata el corazón sin medida con el agua de Su amor (6M 5,3; Pr 8,29; Sal 104,9). Esta comunicación de Dios en su ser más íntimo pertenece a lo inefable (6M 5,8; 2Co 12,2-4), “verdadero Sol de justicia” (6M 5,9; Mt 3,20). De esta forma el Señor quiere mostrar algo de su vida, como ocurrió al pueblo de Israel (6M 5,9; Nm 13,18-24).

Uno de los frutos de la presencia de Dios en 6M es la alegría, a pesar del ultraje (6M 6,4; Mt 5,11-12; Hch 5,41). La transformación de la “mariposa” necesita el poder de Dios (6M 6,4; Ex 14,21-22), que se presenta como alegría y el Padre lo celebra con una fiesta por recobrar “este hijo mío” (Lc 15,22; 6M 6,10). El amor de Jesucristo suscita un profundo dolor y un “muy tierno sentimiento” como a Pedro y a la Magdalena (6M 7,4; Jn 20,11; 21,15).

La oración y meditación del amor de Jesús en la pasión impacta en el alma, sobre todo cuando es celebrado por la Iglesia (6M 7,11; Lc 22,44). Nuestra autora manifiesta el dolor que le produce el mal uso de la Escritura para huir de la “Humanidad sacratísima” (6M 7,14; Jn 16,7); y defiende a toda costa esta excelsa y corpórea mediación (6M 7,6; Jn 8,12; Jn 14,6-9). El Hijo revela la verdad y no falla (V 22,6-7); pero el ser humano puede dudar de la verdad como Pilatos (6M 10,5; Sal 116,11). Así pues, solo mirando al Hijo el creyente tiene referencia segura de andar en verdad “delante de Dios y de las gentes” (6M 10,6; Jn 18,37-38), porque Dios se ha revelado en la verdad de la Escritura (Cp 1,7). Así pues, toda obra que Dios realiza

en el creyente está contenida en la Escritura, y es don que nos hace en el Hijo. La Palabra, por tanto, acompaña y discierne el proceso creyente de las 6M.

El lenguaje simbólico que usa nuestra autora, junto con el recurso de la Palabra, forman una unidad inseparable al servicio de transmitir y dar a entender la experiencia del Misterio. El mistagogo recurre a símbolos para expresar la realidad oculta del Misterio.

La mariposa metamorfoseada de las 5M llega a las 6M encendida y “herida del amor del Esposo” (6M 1,1) buscando dónde “hallar asiento”; con “el alma tan tierna del amor” (6M 6,1) para más amar al Esposo” (6M 4,1). El imaginario simbólico de la mariposa blanca representa la progresiva transformación del ser y del obrar del creyente que se ha encontrado con la humanidad del Resucitado (6M 11,8; Cp 7,2; R 15¹¹). La imagen del silbo pastoril (Jn 10,1-18), ya introducida en 4M 3,2-3, tiene una identidad clara y un origen definido: se trata del amor del Esposo para darse a entender “claramente que está con el alma” (6M 2,3). El Esposo llama, seduce y enamora a la esposa con su sonora presencia (cortejo).

En la estructura nupcial y esponsal podemos diferenciar la esposa, el Esposo, la relación vinculante, y los cortejos amorosos. La esposa llega a 6M enamorada, seducida y embriagada por el vino de la bodega del amado con grandes deseos del desposorio (Ct 1,1; 1,4). Así, busca al Amado (Ct 3,3) y pone los ojos en contentarle (6M 3,18) y padecer, sin “otra ganancia” (6M 1,7) que imitar su amor entregado. La esposa es introducida en la vida de amor, y recibe del esposo el conocimiento y la entrega fiel¹². El Esposo comunica dignidad, consideración y cuidado a su amada esposa (6M 7,9).

El esposo usará infinidad de medios para despertar al amor nupcial y dar a entender el profundo amor a la esposa (Ct 1,5; 4,1; 6M 9,3; 7,5.6.14; 10,2). Este Esposo es también Dios y quien se conforme con Él anda y vive en la verdad (6M 10,5-6). Este amor y néctar del Esposo es tan humano que despierta y posibilita a la esposa el ejercicio del amor, a la medida de su amor entregado (6M 7,5). El

¹¹ Estas citas hacen referencia al éxtasis que tuvo la Santa en el día de Pascua de abril de 1571.

¹² 6M 1,4.7.8.11.13; 4,1; 5,5.6; 6,4; 7,1.2.4; 9,7; Ct 1,16.

Esposo dará valiosas joyas y la gracia necesaria (6M 4,2; 5,11) a la esposa, y hará lo posible para no perderla.

La estructura simbólica nupcial alberga una capacidad pedagógica en el método y contenido para llegar al centro del castillo, donde está el Rey y Señor, y allí se consuma la unión definitiva y plena, y conducir hacia el matrimonio espiritual (6M 11,12).

1. 6 Pedagogía teológica de 6M

Las 6M imprimen la pedagogía pascual de la humanidad de Jesucristo con la que la esposa queda impregnada. La relación establecida determina la mediación más original y creativa. Un deseo común une a los amantes: el desposorio en santo matrimonio.

Dios se da a conocer en la contemplación del Hijo. De este modo, el sujeto contemplativo es sometido a un movimiento amoroso de alteridad y de entrega que sólo la gracia salvadora puede realizar. El amor del Hijo descentra la persona de sí para más y mejor amar: “a Dios no hay que poner término” (6M 11,1). La vida trinitaria que la Humanidad gloriosa comunica (6M 11,8) desborda lo humano (6M 8,9) para poder amar al estilo de “este gran Dios y Señor” (6M 11,1).

La fenomenología, que puede acompañar la proximidad de la Humanidad, confiere al sujeto la necesidad de un nuevo aprendizaje para vivir la realidad cotidiana. El morador bajo la presencia del Resucitado inicia un camino en el devenir de su existencia a partir de la nueva vida que contempla y del amor que ejercita (6M 7,5). La transformación interna puede llegar a desencadenar manifestaciones y fenómenos de diversa índole. A lo largo de las 6M nuestra protagonista se detiene en los fenómenos místicos que ella misma padeció¹³. Pero la pedagogía de la humanidad de Jesucristo constituye el verdadero proceso espiritual de 6M. Los “favores extraordinarios” del matrimonio espiritual son gracias dadas por Dios, y preparan la naturaleza humana para que se pueda asentar en ella la presencia serena y gozosa de la Humanidad gloriosa.

¹³ Cf. BSSTJ 540-549; T. ÁLVAREZ, *Fenómenos místicos*: DST 297-300; T. Álvarez, *Comentarios...*, 180-208; QVD 791-846.

La humanidad del creyente consume la metamorfosis mediante el crisol del amor, iluminando y purificando la estructura personal. El sujeto pasa de una cierta confusión a una mayor certeza y confirmación de lo que se trata. Para ello será necesaria la conformación con la Palabra, el ejercicio de la caridad práctica, la celebración sacramental y la presencia de un sabio acompañante. El aprendizaje suele ser torpe y sabio, al mismo tiempo, en el entresijo del psiquismo humano y con la presencia certera de la gracia salvadora.

Para estar a la altura del embiste de “nuestro Dios y esposo”, “es menester tener ánimo” (6M 11,12). En este intercambio desigual, el soporte antropológico no se desprenderá de la sublimidad de los bienes recibidos, especialmente los relacionados con la Redención (6M 7,12). Así, la naturaleza humana vivirá un continuo despliegue a la medida de la humanidad del Hijo, donado por el Padre y configurado por el Espíritu vivificador (6M 11,10; C 27,7)

La Esposa vive la alegría de la salvación en la vida ordinaria y la pasión del Esposo por la humanidad, llevando sobre sí la misión de cruz bajo la mirada benevolente del *Abba*; así, sobrecogida por la humanidad salvadora del Esposo y habitada por el Misterio, experimenta la existencia con un nuevo realismo: la vida teologal enseñoera la humanidad finita, redimida por la humildad del Señor. La obediencia de la esposa constituye el fruto primaveral más hermoso en las múltiples mediaciones de la vida real. La mirada amorosa del Esposo conduce a la esposa a la consumación de la unión. Así pues, la humanidad de Jesucristo imprime la pedagogía teológica de la relación nupcial.

2. EL “OTRO CIELO” (7M)

Pudiera parecer que el camino del peregrino está cumplido; pero la humanidad de Jesucristo inicia una nueva etapa en la vida del Espíritu. Las “cosas del alma” y la historia con Dios no tienen término (7M 1,1). La Santa asegura que la verdadera vida comienza en 7M, pero no hay que espantarse: el Señor-esposo “lo paga todo junto” (6M 11,12) y así lo da a entender (7M 1,1). Los fenómenos místicos de las 6M desaparecen o no son significativos. Lo que prevalece es el

cumplimiento de esta unión esponsalicia y la vida donada del Hijo en el devenir de la existencia ordinaria (F 5)¹⁴.

Al llegar a este momento crucial, Teresa expresa el temor y la “grandísima vergüenza” por comunicar la intimidad más grande que ha llevado durante años. Es más, siente confusión y la tentación de “acabar con pocas palabras esta morada” (7M 1,2) de cuatro capítulos: el primero presenta la morada bajo la vida trinitaria; el segundo se centra en la inserción en Jesucristo resucitado; el tercero configura la visión antropológica en la plenitud del amor trinitario; y el cuarto integra vida y oración, misión y unión con Dios. Con esta magnífica morada, “Teresa nos regala la posibilidad de contemplar la cumbre de la vida cristiana”¹⁵.

2. 1 La experiencia teofánica de la vida trinitaria

El acontecimiento está narrado en *Relaciones (Cuentas de Conciencia)* y no en *Vida*. Se deberá tener en cuenta, el pequeño escrito sobre *Meditación de los Cantares*, o *Conceptos del amor de Dios... sobre algunas palabras de los Cantares de Salomón*, según la edición príncipe de 1611 del padre Jerónimo Gracián en Bruselas¹⁶. En este opúsculo aparecen el simbolismo nupcial del *Cantar* y otros relacionados con este amor utilizados en 7M: el vino, la bodega, la embriaguez de amor, la flecha, la herida, el fuego, el sello, la cera, etc.¹⁷

Las 7M desvelan al Rey y Señor del castillo y lleva al morador a la verdad más recóndita. El Señor y Esposo se quiere manifestar y revelar en su criatura, tomada por esposa (Cp. 7,1), “mercedes grandes que hace Dios a las almas que han llegado a entrar en las séptimas moradas” (7M tít.). Esta experiencia es de orden teológico: Dios mismo y sus obras de misericordia; para el sujeto, se trata de la inmediatez de una presencia en exceso.

¹⁴ La Santa recibe la gracia del matrimonio espiritual con 57 años; discernió con Juan de la Cruz esta morada, bajo el sol que atraviesa el alma en gracia cual cristal brillante (R 35); cf. T. Álvarez, *Comentarios...*, 283.

¹⁵ A. MAS ARRONDO, *Acercar el cielo. Itinerario espiritual de Santa Teresa de Jesús*, Santander 2004, 246.

¹⁶ Cf. D. DE PABLO MAROTO, *Meditación sobre los Cantares*: ILST 559.

¹⁷ Cf. T. ÁLVAREZ, *Cantar de los Cantares*: DST 103.

El morador, educado en los estadios mistagógicos anteriores, puede ahora contemplar la verdad última de la realidad. Fe y realidad se hacen experiencia narrable cuando la vida teologal comienza a entender ciertas verdades de Dios: “de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma” (7M 1,6). En la oscuridad de la fe, tal experiencia se hace luz y presencia para el creyente de Aquel que se quiere revelar.

La Palabra pertenece al ámbito del Misterio y no es extraño que produzca dudas, temor y temblor (7M 1,2). Dios desvela su misericordia, suscita la alabanza y el reconocimiento de su ternura. Las misericordias de Dios no permanecen ocultas (7M 1,1). Ahora es el Señor quien tiene deseo de consumar el matrimonio y, para ello, introduce en su estancia; de tal manera que el morador queda impregnado de la vida, luz y resplandor de la justicia divina. Pero, al juntar el Señor al alma consigo, la hace “ciega y muda [...] quitándole el sentir”, pero da a entender “aquella merced que goza” (7M 1,5).

La noche de la trascendencia de Dios desvela su luminosidad. La Santa no puede llegar a explicar esta singular experiencia porque desborda el ámbito de la subjetividad; lo cierto es que cuando Dios se hace connatural al ser humano, la vida se simplifica sin temor. Esta “admirable compañía” se hace asistencia certera de lo divino en lo humano, recibiendo en quietud los secretos que el Señor quiera revelar. El sujeto permanece asentado en la divina Majestad, de manera que su vida se unifica aún más en el único amor. Así, el árbol nutrido por las corrientes del manantial “está más fresco y da más fruto” (7M 2,9). La Santa llega a afirmar “que parece está el alma en seguridad” (7M 2,9).

El morador tampoco encuentra quietud y paz definitiva (7M 3,15). La Santa sitúa al morador en el realismo más dispar: certeza de la asistencia y paz divinas, pero contiendas frecuentes en “las potencias y sentidos y pasiones”. Los trabajos, penas y dificultades no van a faltar, incluso aumentan porque se participa del Señor en las “muchas guerras en su reino y muchas cosas penosas” (7M 2,11). Sin embargo, el alma está en paz (7M 2,10). Variadas circunstancias históricas configuran tal experiencia. Solo los frutos de la caridad ayudarán a desvelar el acontecimiento de fe. Detrás de esta sabia lección de pedagogo-

gía espiritual de Teresa se esconden los grandes trazos de su autobiografía en los últimos años de su vida.

Desde el 10 de julio de 1571 nuestra protagonista es priora en la Encarnación; en la primavera de 1572 solicita que fray Juan de la Cruz sea capellán y confesor. El mismo comisario apostólico, fray Pedro Hernández que condujo a Teresa al Priorato, le nombraría director espiritual de la Encarnación, hasta el 6 de octubre de 1574 que se traslada a san José. Juan de la Cruz permanecerá en Ávila hasta 1577, año en el que se oscurece el futuro de la Reforma. En este contexto autobiográfico, el día 18 de noviembre de 1572, diez años antes de morir recibe la “merced” del matrimonio espiritual cuando toma la comunión de la mano de Juan de la Cruz. El relato resulta simpático e ingenuo al mismo tiempo (R 35; [CC 34])¹⁸.

La unión de 7M adorna la libertad humana. Dios une ambas voluntades. El Esposo está en la Trinidad: tiene rostro de carne humana (R 56 [CC 49]), y está en su divinidad “con nosotros”, “habla” en su humanidad (R 5,23 [CC 61,23]) y el Padre acoge su ofrenda y se deleita con Él” (R 57 [CC 50]). Un año antes de morir afirma que vive en quietud y sosiego con visiones continuas de la Trinidad y de la humanidad de Jesucristo (R 6 [CC 68]). Así pues, el soporte autobiográfico desde 1572 hasta su muerte en 1582, tiene un soporte doctrinal y teológico, en consonancia con la revelación del misterio de Dios, y un soporte pedagógico, en función de transmitir y dar a entender esta experiencia.

¹⁸ La gracia del matrimonio espiritual con Jesucristo en 1572 está precedida por otras experiencias relatadas en *Relaciones o Cuentas de Conciencia*; cf. S. GARCÍA ROS, *Introducción (Cuentas de Conciencia)*, en SANTA TERESA, *Castillo Interior. Cuentas de Conciencia*, Madrid 2006, 229-230. Las visiones de la Santísima Trinidad en 1571 (R 16,1;18;24 [CC 15;17,1;23]). El 19 de enero de 1572 en el convento de la Encarnación de Ávila, siendo superiora de primer año, vio a la “Madre de Dios”, le pareció estar con la santísima Trinidad, y el Padre mostrarle lo que quería: “Yo te di a mi Hijo y al Espíritu Santo y a esta Virgen, ¿Qué me puedes tú dar a mí?” (R 25,1-2 [CC 24,1-2]). Alrededor del 22 de septiembre de 1572 se le dio a entender “cómo está el alma que está en gracia” y las tres Personas en una, queriéndose y amándose en su esencia (R 33,1-3 [CC 32,1-4]).

2. 2 “El centro muy interior del alma”, el ámbito de la vida teologal

Teresa conoció el corazón de la persona (7M 2,1): “este centro de nuestra alma, o este espíritu, es una cosa [tan] dificultosa de decir y aún de creer” (7M 2,10). La gracia de “esta secreta unión” (7M 2,3) ocurre en una profundidad que ella llama “centro muy interior del alma” (7M 2,3). En 7M la interioridad alcanza la intimidad del “aparecimiento de la Humanidad de Señor” (7M 2,3) que el sujeto no puede llegar a entender. La interioridad adquiere la cota más profunda en el mayor conocimiento de los secretos de Dios (7M 1,1).

Los corazones de los desposados latén al unísono, “como si cayendo agua del cielo en un río [...]; o como si un arroyito pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse” (7M 2,4). Un amor eterno ha unido de modo singular a “estos dos desposados” (7M 2,6); más bien el Esposo ha unido a la esposa a Sí. Así, la interioridad de la esposa se mueve al ritmo del Esposo, quien le sustenta y amamanta; ya no podrá asirse a otras mediaciones, sino vivir la presencia luminosa del Señor de todas las cosas, juez de vivos y muertos.

En esta unión de amor, el Esposo ama a la esposa con su delicada presencia (7M 2,6) y revela las operaciones de las otras Personas de la Santísima Trinidad. La esposa se deshace en secretas aspiraciones por el Amado (7M 2,6; 4,10), y cuando su memoria se descuida de la inhabitación divina, el esposo la despierta desde el “interior del alma”. Muchas veces el Esposo se regala como “movimiento interior”, a modo de “fuego” “hacia arriba”, que “procede del centro del alma y despierta las potencias” (7M 2,8).

La interioridad se perfecciona con un peculiar aprendizaje. En primer lugar, la hondura de esta unión asusta (7M 1,7; 2,2) y la presencia trinitaria hace morada en el alma “que no se sabe decir cómo es, porque [...] siente en sí esta divina compañía” (7M 1,7). En segundo lugar, el Amador junta consigo a la esposa, la ciega y la enmudece “quitándole el sentir”; en esta noche singular, gozosa y luminosa (7M 1,5), la esposa “goza” “de verse cerca de Dios” (7M 1,5). Finalmente la esposa entiende que la divina Majestad quiere disponer de la esposa para un mayor amor en la vida real (7M 1,20).

En esta interioridad sagrada, la esposa es llevada por su Señor a entender grandes secretos (7M 1,11). Las “operaciones” del Esposo

no cesan, ni tienen límites y actúan al ritmo de la gratuidad del amor (7M 2,6). La esposa no es ajena a este darse sin medida del Esposo y responde con “secretas aspiraciones” y con deseos desbordados en el seno de la bodega.

Pero la dinámica de la interioridad resulta aún más expansiva: una vez que ha sido educada y henchida con el amor del Esposo, sale en búsqueda de los moradores indecisos, principiantes o en moradas anteriores. La esposa sabe el camino y en nombre del Esposo pastorea a los que sienten la llamada del silbo secreto del Amador y Rey.

La mariposa ha encontrado reposo y vive entregada al servicio y gloria del que es su única fortaleza. Si hay que buscar honra, será solo la de Dios (7M 3,2); por tanto, en la persecución o en el gozo de la misión aparece la paz y los dones del Espíritu. Dios está presente en el centro de la esposa. Las Personas divinas han hecho morada en la interioridad esposada (Jn 14,23) y la libertad se rinde al amor donado (R 6,9). Tal vez, el único deseo reside en no quererse separar de los divinos brazos del Esposo y de la leche de crianza de la nueva vida¹⁹, y manifestar su gloria.

La interioridad encuentra su gozo y bien en Dios salvador, en la entrega del Hijo y en el amor del Espíritu Santo, de tal manera que la orientación del sujeto se desplaza hacia la vida del seno trinitario. Así, el ágape del Dios trinitario ya pertenece a la esposa. La vida teológica es un bien que se asienta en el morador. La interioridad es el ámbito propio de la vida eterna de Dios (Jn 6,40). Esta particular e íntima unión es el fruto maduro de la presencia desbordante de la vida de “este verdadero Amador, Esposo y Bien” (Cp 5,11).

2. 3 La filiación y la petición de la esposa

El cauce pedagógico de la oración en 7M traspasa la relación afectiva y se sitúa en un estado existencial de “ser en Cristo”, ofrenda “para [...] alabanza de su gloria” (Ef 1,12-13). La introducción en la morada del Esposo confiere al morador el sello de la Promesa (Ef

¹⁹ “Mas cuando este Esposo [...] la quiere enriquecer y regalar más, [...] le parece se queda suspendida en aquellos divinos brazos y arrimada a aquel sagrado costado y aquellos pechos divinos [...]: Mejores son tus pechos que el vino”: Cp. 4,4.

1,13). El morador ha sido hecho ofrenda de amor y desvelamiento de la gloria del Misterio (Cp. 4,9; Ef 1,9), ya es oración en relación filial (Ga 4,6) y en la súplica del Esposo. La oración y relación con Dios de 7M no tiene lugar ni fronteras, se vive todo en Dios y a Dios en toda realidad de la mano del amor del Esposo (7M 1,1). Esta filiación, de procedencia bautismal, sitúa al orante de 7M en “otro cielo” donde sólo la gracia y el “Sol de justicia” le dan vida. Es decir, la unión matrimonial y todas sus operaciones se convierten en una oración vital y lleva a plenitud la vocación bautismal.

En la morada del Amado solo se puede permanecer en estado de adoración y alabanza, de disponibilidad y ofrenda de amor. El morador esposado, descentrado de sí, vive “en Cristo” y en su presencia. La Humanidad lo envuelve todo. Pero la abundancia de esta nueva vida requiere espacios íntimos y obras de redención, donde los esposados se deleitan entre sí. En el desposorio, solo el Esposo puede hacer hija a la esposa (Ef 1,5-6). Así, el fiel Amador llevará en sus brazos a su amada a la inhabitación de la vida trinitaria y a la plena herencia de los bienes teologales. De aquí que la esposa no cesa de suplicar al Padre ser sostenida por el amor y el beso de su Señor y Amador, y no separarse nunca de Él (Cp 4,8).

La oración es el corazón del Esposo y amor traspasado “que nos mostró”; “Poned los ojos en el crucificado [...], ¿sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavas de Dios [...], que es el de la cruz” (7M 4,8). Este Señor ahora vive en el “centro muy interior” de la esposa con la majestad y la *Pax vobis* (7M 2,3). En esta actitud orante de total desapropiación, la esposa agradece el don y alaba sin término la disposición en la rendición del amor (7M 3,9).

El Esposo comunica el más delicado regalo en la oración a su “Esposa santa”: la dinámica de obediencia que le caracteriza como Hijo, manifestado “en el Santísimo Sacramento” (Cp 5,10). Ahora vive con disponibilidad y obediencia al Padre, como el Esposo: “[...] qué puedo hacer por mi Esposo?” (Cp 5,10). Pero la obediencia de fe y de amor sólo es posible bajo la acción del Espíritu Santo, don mayor del Hijo a su Esposa Iglesia: “Parece a mí que el Espíritu Santo debe ser medianero entre el alma y Dios” (Cp 5,4).

El Esposo concede a la esposa dos dones: la asistencia del Espíritu Santo y la misión específica en la dinámica de obediencia de amor.

Estos dones son pedidos por el mismo Jesús al Padre. La oración es unión regalada; si el Esposo ya no se separa de la Esposa, esta vive en su amor orante. Así, la oración constituye una expresión activa de la vida y existencia contemplativa en el seno de la Iglesia y del mundo: “Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor” (7M 4,12; Cp 7,3; R 5,5 [CC 61,5]).

Las peticiones de la esposa se hacen sentir y no cesan. Pero existe una petición que afecta al verdadero amor y traspasa los momentos de oración: pide fuerzas y luz para emplearse más en amar. De aquí que el sentido de la oración y la finalidad de este matrimonio espiritual reside en que “nazcan siempre obras” (7M 4,6). “Es menester -afirma nuestra protagonista- no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar, porque si no procuráis virtudes y hay ejercicio siempre en ellas, os quedaréis enanas” (7M 4,7).

La oración introduce en el misterio insondable y escondido desde la eternidad, pero desvelado, en este santo matrimonio mediante la caridad. El Esposo ya había llevado a su amada a los pechos del Padre y al ámbito de la vida trinitaria, ahora le asienta en el ejercicio orante de la caridad, donde se miran la “sola honra y gloria de Dios en todo [...], servir y contentar al Señor” (Cp 7,5).

El Esposo responde ordenando más caridad en la Esposa como sol resplandeciente (Cp 6,11; Ct 6,9). En este intercambio amoroso, el Esposo suele dar una misión particular; y en la intimidad de la unión, ambos viven el gozo compartido de ver almas aprovechadas de esta unión nupcial. ¡Qué secretos comparten los amantes en la desproporción de sus identidades!, pues si las grandezas de Dios no se acababan, “tampoco lo tendrán sus obras” (7M 1,1).

2. 4 Discernimiento de la unión nupcial: desasimiento y los frutos del amor

El discernimiento incorpora la racionalidad y el olfato espiritual de la presencia y acción de Dios. El morador ha sido educado por Jesucristo en la relación nupcial. Sin embargo, esta unión debe ser discernida para determinar su veracidad y consistencia real. La vida donada de Dios educa y estructura al sujeto y morador.

Lo que ocurre entre el morador y el Amor encarnado traspasa la posibilidad de comprensión hasta del mismo sujeto. La Santa afirma que la mariposilla muere con gran gozo “porque su vida ya es Cristo” (7M 2,5); y esto es así por los efectos que se producen y se manifiestan. La unión esponsalicia en sí no se puede objetivar ni tematizar, pero el sujeto recibe delicados y variados avisos de que se ha producido una unión por iniciativa de un Amor que ha salido a su encuentro en la persona de Jesucristo (7M 2,6).

El sujeto percibe los efectos de la unión en orden a la transformación de la persona en Cristo Jesús. La Santa destaca cinco efectos principales: emplearse toda en la horna y gloria de Dios (7M 3,2); el segundo, se pide padecer como el Señor (7M 3,4); el tercero, gozo, paz y amor particular por los que hacen la enemistad y la plegaria por ellos como lo hizo el Señor (7M 3,5); el cuarto, el deseo de servir y “ayudar en algo al Crucificado”, “y de aprovechar algún alma si pudiesen” (7M 3,6); el quinto, el sentido escatológico de la muerte sin temor alguno (7M 3,7).

Otros efectos y criterios de discernimiento son: el gozo y la alegría a modo de “río caudaloso” (7M 2,6); la gran luz y las saetas que dan “vida a esta vida” de las potencias y provienen “de lo interior del alma” (7M 2,6); “parece que el alma está en seguridad” (7M 2,9); la paz profunda o del espíritu de forma permanente, aunque no lo estén siempre “las potencias y los sentidos y pasiones” (7M 2,20); y “el alma está en quietud casi siempre” y vive entregada toda a Dios (7M 3,10). La fe, esperanza y caridad regeneran al morador (Rm 5,5). Estos efectos se viven en humildad porque revelan la gloria de Dios y su hacer gratuito y misericordioso (7M 4,15).

El desasimiento ocupa un lugar destacado en doctrina de Teresa, junto con la humildad y el amor mutuo (C 4,4;10,3;15). El desasimiento es necesario para el matrimonio espiritual, pero también es don y efecto del mismo; un ápice de voluntariedad propia quiebra la unión (IS 11,3) y “la priva del espíritu de Dios” (IS 6,1). La fortaleza definitiva con que queda la esposa constituye la confirmación de la esperanza teológica. En 7M el deseo voluntarioso muere porque el Esposo ha tomado su lugar con la autoridad y luz de su Humanidad gloriosa; pero también el amor del Esposo conduce al desasimiento de todo lo que no le lleve a Él (7M 3,8). El “mayor desasimiento en las

cosas de esta vida” confiere fortaleza, “más ánimo y libertad” (R 2,2). La esperanza obra en el morador el gemido por que se consuma el abrazo cara a cara con su Señor, vivido en desasimiento, humildad y pobreza: todo es recibido y basta agradecer y alabar la grandeza de Dios y de su amado Hijo Jesucristo. El morador requiere ahora la fortaleza interna del Espíritu Santo para caminar hacia la misión particular y la caridad perfecta en la vida ordinaria

El dinamismo de la caridad perfecta constituye el crisol más sólido de la educación de la esposa y el criterio de discernimiento consolidado de la introducción en el misterio de Dios (Cp 6,3.11). La naturaleza humana por sí misma no puede llegar a este insólito amor ordenado por el Esposo. La esposa se rinde a él y se dispone a su cumplimiento en la misión, con la gracia recibida y la asistencia del Espíritu donado también por el Hijo (7M 4,6).

La caridad mueve a la misión. El Esposo ha depositado el dinamismo de la caridad salvífica de la Trinidad; de modo que la verdadera caridad moviliza el corazón amante del morador a la misión encomendada, hasta poderse plasmar en una tarea particular o carisma concreto en la Iglesia. El cuidado pastoral por aquellos que le han sido confiados (Jn 10), constituye la expresión de la caridad solícita (Ez 34,15-16; Jr 13,20; 1P 5,2): “Su manjar es [...] que lleguemos almas para que se salven y siempre le alaben” (7M 4,12); sin embargo, “no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen; y [...] hagamos lo que pudiéramos” (7M 4,15), porque todo reside en “la fe que actúa por la caridad” (Ga 5,6).

2. 5 Respuesta obediencial a la palabra y cumplimiento del símbolo

El *Castillo Interior* “transpira un fuerte olor bíblico”²⁰. Llegados al final del itinerario y de la introducción en el misterio insondable de Dios, la Palabra proyecta al morador al “otro cielo”, bajo la aurora de la luz pascual y la inserción de la vida en Cristo. Esta morada une cielo y tierra con todo el realismo de la vida. La introducción en el Misterio ha requerido una estrategia pedagógica para suscitar la apertura al don teológico y la acogida del contenido de la Revelación. La Pala-

²⁰ R. LLAMAS, *La Biblia en santa Teresa*, Madrid 2007, 207.

bra y realidad simbólica van juntos. El morador de 7M conecta con la Revelación y con los símbolos que se expresan en ella. Es más, la propia subjetividad es llevada a la altura de la Palabra, al estilo de María, expresión de la Iglesia-esposa. La unión con el amor del Esposo configura la libertad en orden a la obediencia teológica: “Poned los ojos en el crucificado” (7M 4,9).

Teresa inicia 7M alabando a Dios por sus inmensas riquezas, reservadas a la persona humana con la que se deleita, “como merece criatura hecha a la imagen de Dios” (7M 1,1; Gn 1,26-27). El “Sol de Justicia” da más ser y vida al morador de 7M, quien se dispone a padecer (7M 1,3; Mt 3,20). Con rayos de amor “el Señor la junta consigo; [...] haciéndola ciega y muda, [...] como quedó San Pablo en su conversión, y quitándole el sentir” (7M 1,5; Hch 9,8; Mt 10,22). De esta ceguera o pérdida de las potencias (“escamas”) nace la “vista” para percibir la verdad trinitaria, don de Jesús a su amada esposa (7M 1,6; Hch 9,18; Jn 9,6-7). La promesa de Jesús de morar con el Padre y el Espíritu Santo se hace realidad y encuentra su verdad en la unión nupcial (7M 1,6; Jn 14,23). Jesús oró con insistencia al Padre para que se cumpliera este deseo suyo (7M 2,7; Jn 17,20-23). El amor sponsal suscita una libertad insospechada en la oración y acción: Marta ya no reclama la quietud de María (7M 1,10; Lc 10,40); “el que se une con el Señor, se hace un solo espíritu con Él” (1Co 6,17; 7M 2,5).

Teresa insiste en que la puerta de este santo matrimonio es la humanidad de Jesucristo (7M 2,3; Jn 20,19.21), consuelo de la Magdalena (7M 2,7; Lc 7,50). La mariposa ya tiene su lugar y vida “en Cristo” (7M 2,5; Flp 1,21); y aunque las pruebas sean grandes, el corazón del morador estará asentado en la morada central del Señor como el árbol junto a corrientes de las aguas frescas (7M 2,9; Sal 1,3). El hecho teológico que configura al morador de 7M lo constituye la vida en Cristo (7M 3,1; Ga 2,20).

Así, el Esposo lleva a la esposa a los pechos del Padre de donde emana la vida y salen rayos de leche que sustentan el alma (7M 2,6; Is 66,11)²¹. El desposorio asienta al creyente en la vida de Dios y ya

²¹ Cf. E. A. MORENO SANCHO, *La imagen de Cristo en la contemplación de Santa Teresa de Jesús*, Burgos 2007, 343-345. De esa comunión e intimidad filial del Hijo en el seno del Padre brotan caudalosos rayos de leche” y “una gran luz” que sustentan el alma y todo lo que existe, y “da vida a esta

no se muda; la paz que el Resucitado dio a los apóstoles “se la puede dar a ella” (7M 2,6; Jn 20,19.21). La esposa ahora entiende las palabras de Jesús y comprende que este Rey nunca deja de cumplir lo prometido (7M 2,8; Lc 21,33; Mt 24,35), y sus palabras son “como obras en nosotros” (7M 2,7; Sal 33,9). En el morador se cumplen las bienaventuranzas y en especial el amor por aquellos que se declaran enemigos (7M 3,5; Mt 5,11-12). Todo pasa con quietud y sin ruido (7M 3,11; 1Re 6,7).

La Santa relaciona esta nueva vida con las aguas que la cierva herida encuentra (7M 3,13; V 29,11; Sal 42,2). La esposa recibe el ósculo, tantas veces había pedido (7M 3,13; Ct 1,1), y “se deleita en el tabernáculo de Dios” (7M 3,13; Ap. 21,3). Pero la auténtica oración reside en la disposición de la voluntad a Dios en todo y en los actos de amor: “¿qué queréis, Señor, que haga?” (7M 3,9; Hch 22,10). Aunque el morador haya “hallado tierra firme” (7M 3,13; Gn 8,8-11), no está libre de desviar su corazón (7M 4,3; 1Re 11,9; Sal 112,1), la Santa insiste en que cuide la fidelidad y la humildad.

Así, cuanta más unión, más se comparte la cruz de Jesús (7M 4,5; 2Co 11,23-33); y se pide “poderle imitar en el mucho padecer” (7M 4,4; Mt 17,5ss). La Santa aconseja poner siempre los ojos en el Crucificado²² (7M 4,8; Hb 12,2; Flp 2,6-8; Ef 1,13-14), ya que el morador está sostenido por la cruz de Jesucristo (7M 4,5; 1Ts 2,9) y es un siervo del amor, bebiendo de la bodega del mejor vino (7M 4,11; Ct 2,4). Jesucristo comunica al morador su misión redentora, como a la Magdalena o al padre Elías (7M 4,11; 1Re 19,10.14). El amor de unión unifica la acción y la oración, Marta y María; en la quietud y en la acción, es el Huésped quien habita (7M 4,12-13; Lc 10,38-39.42). Esta Palabra hecha carne es el Esposo Resucitado que introduce en su misma vida pascual a la esposa, como a los apóstoles (7M 2,6).

El morador ha sido llevado por el Espíritu al centro de la Revelación; ahora, vive en la morada principal donde reside su Señor; así pues, vive en la Palabra y se alimenta de ella (7M 3,13;4,3). La esposa, vinculada en amor y liberada de sí misma, adquiere una lucidez

vida” (7M 2,6); cf. S. CASTRO, *El fulgor de la Palabra. Nueva comprensión de Teresa de Jesús*, Madrid 2012, 305-306.

²² Cf. T. ÁLVAREZ, “Poned los ojos en el Crucificado”. *Moradas* 7,4,8: MontCarm 100 (1992) 139-148; *Estudios* vol.3 (856) 481-490.

especial y un conocimiento interior del misterio²³. El Espíritu Santo capacita para captar el sentido profundo y vital de la Palabra, “de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma” (7M 1,6). La Palabra acompaña la itinerancia y educa la actitud teologal en relación con la humanidad de Jesucristo (7M 2,3). Así, la subjetividad creyente adquiere un sentido de fe en términos de “saber”, “entender” y “conocer” (7M 2,6) los secretos “que comunica Dios allí al alma en un instante” (7M 2,3).

El centro de gravedad que la Palabra comunica al morador se orienta a la total disponibilidad y obediencia al Dios de Jesucristo. El Espíritu llevará a cumplimiento el don de la Revelación, en el engendramiento de una filiación particular en el seno de la Iglesia y en la vida secular (7M 1,6).

El símbolo esponsalicio de 7M fue introducido en 5M con los ritos prenupciales (5M 4,2,4); en las 6M se desarrolla el desposorio y en 7M el matrimonio espiritual, que hace referencia a una unión indeleble y de por vida: la esposa ya no se aparta del Esposo. Teresa recurre a este símbolo afirmando que no conoce otra mejor comparación, pero que no llega a expresar la unión²⁴. El significado traspasa los espacios del símbolo humano y este es elegido por su sentido analógico. Por tanto, 7M son escritas a partir del símbolo esponsalicio, para expresar una realidad misteriosa que ocurre en la conciencia del sujeto en relación con el amor misterioso de Dios en la persona de Jesucristo.

Es posible que en un principio la Santa tuviera en mente que el desposorio tenía lugar con la profesión religiosa y consagración al Señor de por vida, y “posponía la consumación del matrimonio hasta el encuentro definitivo con Cristo”²⁵. A partir de 1572, la Santa, se refiere más a la tensión escatológica del desposorio, anticipando el encuentro definitivo²⁶.

En primer lugar, la esposa consume el matrimonio espiritual llevándola el Esposo a su morada (7M 1,3). La mansión de los esposos

²³ Cf. C. A. BERNARD, *Teología espiritual*, Salamanca 2007, 594-595.

²⁴ Cf. G. TANI, *Il “Castello Interiore” di Santa Teresa D’Ávila*, Milano 1991, 101-156; A. MAS ARRONDO, *El hombre...* 66-69.

²⁵ *Ib.* 75; cf. C 22,7.

²⁶ A. MAS ARRONDO, O.C. 75.

es centro del alma de la esposa habitada por las Personas divinas, y otra es la estancia del Esposo (7M 1).

En segundo lugar, la consumación del matrimonio ocurre en la estancia del Esposo quien comparte su vida íntima y dones (esponsales) con la amada esposa: la alianza (anillo), el clavo, la cruz y la vida trinitaria; esta se ve sorprendida por un amor mayor que jamás hubiera soñado, y se hace más digna y humilde por el don recibido (7M 2,7).

En tercer lugar, esta inagotable experiencia transforma el morador en esposa, quedando referido al don de unión que ha recibido de su amado y Señor; así, su vida va a consistir en cuidar los bienes del Esposo con esmero y en emprender los asuntos que le encomiende (7M 3,7). La esposa se configura desde el mismo Esposo, quien le da vida y libertad. En el tercer capítulo, la esposa configura su libertad en obediencia al amor recibido y entrega mutua.

En cuarto lugar, la estructura simbólica de la unión nupcial se ocupa del “fin para el que hace el Señor tantas mercedes” (7M 4,4). La Santa sigue la estructura humana, pero su significado y profundidad está más allá (“grosera comparación”), dada la distancia entre lo objetivable del símbolo y la vida que se comunica en la santa unión. El Padre quiere dar la vida “que vivió su Hijo tan amado” (7M 4,4). Dada esta limitación del símbolo, Teresa recurre continuamente a la Escritura y a sus innumerables imágenes. O sea, la imagen es antropológica pero lo que está en juego pertenece a la vida de Dios en lo humano (Jn 14,20).

La unión sponsal de 7M recibe más luz y resonancia de la Palabra bíblica que del símbolo antropológico o de la experiencia humana a la que remite. De aquí que, el verdadero místico perciba más consonancia con la Palabra y con la experiencia de otros testigos del Misterio, que del símbolo antropológico; sin embargo, no se desprenderá tan fácilmente de las experiencias humanas y antropológicas porque son mediaciones privilegiadas para la unión de Dios con nosotros. Como a tantos creyentes bíblicos que se hicieron “esclavos de Dios” en esta unión de amistad, y ante el amor que Él nos mostró (7M 4,8), al morador-esposa solo le cabe procurar “ser la menor de todas y esclava suya, mirando cómo y por dónde las podéis hacer placer y servir” (7M 3,8), “por los méritos de su Hijo”, y alabándole siempre (7M 4,16).

2. 6 Pedagogía teológica de 7M

La pedagogía teológica remite al contenido del misterio; sin embargo, la educación hace referencia a la transformación del sujeto personal. De aquí que el itinerario y los diversos medios empleados tienen como referencia el contenido objetivo de la Revelación y, al mismo tiempo, la subjetividad creyente. Teología y pedagogía entran en relación debido a la con-descendencia de Dios en la historia humana. El amor gratuito e incondicional de Dios ya no es un juego lúdico y complaciente, sino la revelación de su benevolencia y el camino más humano para el sujeto. Por ello, esta con-descendencia divina no representa un movimiento puramente descendente y oscuro, sino exaltación y gloria también del mismo ser personal.

A partir de las 4M, la pedagogía ha sufrido una inversión significativa. En 5M y 6M la realidad teológica ha educado al morador, quien ha dado paso a la condescendencia divina en la estructura de su libertad. En 7M el proceder pedagógico ha hecho tan real el dato teológico que, en cierto sentido, este proceder se opaca: el sujeto queda insertado en el Misterio desvelado. En esta situación de nueva vida, los medios y el proceso personal se simplifican: ya descansa y está asentado en dicho Misterio. La pedagogía de la con-descendencia divina confiere a la persona humana la plenitud y esencia de su propia humanidad. El sujeto es conducido a la pertenencia del Amor condescendiente y glorificado a la vez²⁷.

El predominio de la vida teológica en la introducción en el Misterio confiere al morador otra personalidad. La unión nupcial fortalece la persona y su existencia es “otro cielo”. El proceso mistagógico inaugura una nueva vida llena de muchas otras moradas “en lo bajo y en lo alto y a los lados, con lindos jardines y fuentes y laberintos, cosas tan deleitosas [...] del gran Dios, que lo crió a su imagen y semejanza” (7M Epílogo,3). Así pues, la pedagogía teológica remite al misterio de Dios; y cuando este toma la iniciativa como agente educador, y lleva a plenitud al morador, la pedagogía pierde perspectiva científica y racional. El Misterio imprime su propia pedagogía en sintonía con la pedagogía de la Historia de la Salvación.

²⁷ JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, 59.

3. CONCLUSIÓN DEL CAPITULO

El tercer estadio mistagógico ha introducido al morador en el misterio de Dios. El corazón humano ha sido educado pacientemente para acoger esta experiencia mística. La trayectoria pedagógica de los cauces elegidos nos ha facilitado descubrir la sabiduría del rico entramado del *Castillo Interior*. Así pues, el camino presentado conforma una verdadera y peculiar pedagogía del dato teológico en la subjetividad personal. El creyente comenzó entusiasmado por lo que hace el Amor revelado en su estructura personal, pero al final queda sobre-cogido por la revelación de la verdad, el misterio de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios desvela su ser donándose sin medida a la condición humana.

El Dios trinitario, dándose a entender por experiencia y conocimiento, ha transformado la subjetividad creyente a la imagen de Su ser divino y, por tanto, le ha desvelado también su propio conocimiento y esencia, en una forma de existir que constituye su mayor libertad y felicidad. El morador ya no se puede percibir fuera de su origen y se inserta en el puesto que, como misterio finito, tiene dentro del Misterio infinito. El ser personal no pierde su ser y esencia, sino que la gana para una mayor y mejor forma de existir en el mundo.

La persona vuelve a la vida con la experiencia gozosa de la libertad y del saberse misterio en el Misterio infinito. Ahora, con el amor del Esposo, la belleza viste todo lo que existe, hasta los que se consideran enemigos. En esta belleza de amor el mistagogo comunica que Dios no deja de amar sobrepasando las expectativas y las realidades humanas, pero también que este amor divino está en toda realidad que podemos contemplar.

La autora refleja en el *Epílogo* final la forma de ser y de existir a partir de las 7M: no poner resistencia alguna al Señor del castillo, vivir en profunda humildad, acoger con gozo diario la filiación divina, alimentarse cada momento del agradecimiento y de la alabanza, “servir a este mi Dios y Señor” en todo, acoger la salvación y perdón de Jesucristo, y trabajar por el aumento de la fe en “la santa Iglesia católica romana”.

La pedagogía teológica del *Castillo Interior* cumple con la finalidad de dar a conocer el Misterio en el que el sujeto es introducido y,

al mismo tiempo, revela la humanidad que se desprende de esta inserción y del mismo camino realizado. El creyente había comenzado por la belleza de su ser personal, pero al final queda entusiasmado por la condescendencia de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, en el ejercicio de amar y servir al estilo del amor recibido.